

## TRIBUNA

### CRITICA ARQUEOLOGICA Y GRAN PUBLICO

Francisco Mena L.

Los comentarios editoriales en el último número de este Boletín han aludido a una serie de problemas referidos al espíritu crítico en la arqueología chilena y, en general, a las dificultades existentes para una discusión abierta y constructiva de nuestras investigaciones y escritos. Acogiendo la invitación que se hace en esas páginas, quisiera "lanzar al ruedo" algunas reflexiones personales, las que --pese a carecer quizás de una hilación y aludir a diferentes aspectos de la práctica profesional de esta disciplina en Chile-- podrían contribuir a revisar actitudes y prácticas que coartan nuestro espíritu crítico y nuestras posibilidades de construir una ciencia colectiva, abierta a las necesidades de su tiempo y del gran público.

Es verdad que somos muy pocos: algo más de 90 especialistas, conforme a los registros de la Sociedad Chilena de Arqueología. Todos nos conocemos personalmente, más allá incluso de nuestra competencia profesional en sentido estricto. Es difícil, entonces, implementar en nuestro medio sistemas de evaluación anónima de artículos o proyectos como los usados en los EE.UU. y otras comunidades más grandes. Está, además, el problema de la falta de alternativas laborales, que nos lleva muchas veces a defender celosamente nuestras posiciones o prestigio, o a temer que la discusión pública de nuestras ideas pueda afectar la aprobación de un proyecto FONDECYT o algún posible trabajo.

Muchas veces, los grupos humanos tienden a ser cerrados y autorreferentes en proporción inversa a su tamaño. Al menos, pareciera que eso se aplica a quienes integramos la comunidad arqueológica nacional, acostumbrados a discutir permanentemente entre nosotros, sin darnos casi cuenta de que somos un puñado de interesados en medio de un "océano" de ignorancia y desinterés general por los temas que constituyen nuestro alimento cotidiano. Lo más usual es, simplemente, no asumir esta incómoda posición y seguir trabajando para nosotros mismos, sin importarnos demasiado, por ejemplo, que los programas y los textos de educación básica estén plagados de errores y confusiones o que los medios de comunicación tergiversen --o, peor aún, ignoren-- todo lo referido al pasado precolonial de nuestra tierra...

...Pero quizás sólo "hacemos como" que no nos importa. Sabemos que está fuera de nuestras posibilidades influir en los programas del Ministerio de Educación o cambiar las actitudes y hábitos del gran público en relación a los museos o a las revistas de divulgación arqueológica (que no existen en Chile...). Sabemos que la gente de la calle no entiende ni le interesa lo que tengamos que decir, aunque compre asiduamente cualquier libro sobre extraterrestres, pirámides y esoterismo.

De algún modo más o menos inconsciente, nos sentimos amenazados por esta atmósfera general sobre la arqueología y nos "atrincheramos" en una exagerada ortodoxia. Sólo nos sentimos cómodos entre quienes comparten nuestras ideas y nuestras prácticas "científicas". Cualquier esfuerzo por conciliar la arqueología y los intereses del gran público son mirados con recelo. Cualquiera que se aventure en los terrenos del periodismo científico, el turismo o el trabajo con aficionados o escolares, corre el riesgo de ser considerado "poco serio". Lo mismo nos pasa ante opiniones científicas o enfoques un poco diferentes de los de la mayoría.

El círculo vicioso se perpetúa y el abismo entre el gran público y el "pequeño mundo aséptico" de los arqueólogos crece más y más. Los niños siguen adquiriendo nociones confusas y anquilosadas y sofocando cualquier posible interés por los temas propios de la arqueología. Los adultos siguen prefiriendo cualquier otra diversión y nadie piensa seriamente en el potencial turístico de un museo o un sitio arqueológico o en programar un documental sobre arqueología en horario de alta sintonía...

Hay, sin duda, razones sociales de fondo que impiden comparar con justicia a un país pobre como el nuestro con países como EE.UU., Israel y muchas naciones de Europa, donde los niños disfrutan visitando los museos, millones de personas leen el National Geographic y los jubilados se dedican a participar en "tours" arqueológicos y trabajos voluntarios de campo. Sin embargo, la disposición de los arqueólogos profesionales para involucrarse directamente en los asuntos nacionales, ha permitido avances importantes en la educación arqueológica a nivel escolar en Perú o en el desarrollo de las sociedades de "Amigos de Museos" en Argentina. Tales compromisos promueven también la apertura de otros espacios para el desarrollo de la actividad arqueológica, aparte de los centros académicos superiores: permiten la creación de centros regionales o extraescolares de información y protección arqueológica, el financiamiento de proyectos de investigación y puesta en valor de sitios, asociaciones mixtas de profesionales y aficionados (ej. sociedades de arte rupestre o de arqueología submarina). Permite, por último, la emergencia de publicaciones locales o intermedias de poco tiraje (como este mismo Boletín), propicias para ventilar ideas nuevas preliminares y preocupaciones ajenas a lo "estrictamente científico"

Con esta actitud hermética, quizás los arqueólogos profesionales estamos defendiendo a la disciplina de los peligros de charlatanes y aventureros, pero ahogando al mismo tiempo el espíritu de crítica franca y discusión abierta tan necesarias para una ciencia saludable. Por temor a perder "seriedad científica", corremos el riesgo de desechar planteamientos nuevos y sugerentes, aparte de prohibirnos influir en las opiniones del gran público y contribuir efectivamente a dar "valor social" a nuestro quehacer.